

mostró los graves problemas financieros que acarreaban las fórmulas del pago por servicio a la economía comunal y la irresolución de la asistencia a los pobres rurales. Por ello, una conclusión generada por este trabajo es que la primera gran medida de seguridad social francesa que se hizo para el conjunto del estado favoreció explícitamente a los médicos, hasta poder ser considerada como «welfare for doctors», en el terreno económico, ideológico y profesional.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

Jacques LÉONARD (1986) *Archives du corps. La santé au XIX^e siècle*. Rennes, Ouest-France, 329 pp.

Copiosos archivos, extraídos de los tratados de Higiene, manuales divulgativos, almanaques y literatura popular, publicaciones periódicas de divulgación, revistas médicas, fuentes judiciales y administrativas. Enumeración intensa de recomendaciones, remedios, descripciones: el ritmo de vida, el aire, el agua, la norma alimenticia, las percepciones audiovisuales (ajustadamente empaquetadas junto con drogas y alcohol) el sufrimiento y la violencia presente en la vida decimonónica francesa, hasta los inicios de la Gran Guerra. Dentro de cada capítulo, multitud de aspectos: el auge gimnástico y deportivo dentro del subapartado «L'avènement des nouveaux rythmes de vie», al lado de la extensión del imperio del reloj, en la casa, en los trabajos, la escuela obligatoria, los transportes a vapor, el automóvil... La discusión sobre las desventajas del sexo femenino en el subapartado «Aggressivité et adversité». La ausencia de índice temático ocultará buena parte del caudal al interés de los pesquisidores; pero, naturalmente, es un libro dedicado a los no especialistas, por lo que también carece de bibliografía detallada. Una lectura de pasta a pasta deja un poso de confusión. Tal vez sean demasiados los detalles acumulados y tal vez no queden demasiado claras las ideas conductoras. *Tout un mouvement issu des élites est venu redresser la dignité du peuple* (p. 311). No es por casualidad que el último apartado del último capítulo (*Violences et souffrances*) se dedique a la dulcificación de las costumbres. Lo que nos plantean estas densas 300 páginas es una etapa del proceso de civilización, de manera que se hacen extensivas al conjunto de la población las pautas de comportamiento diseñadas en la *élite*, a través de esos «escritores, periodistas, médicos (que) se han puesto al servicio de los débiles» (*ibid.*). Gigantesco esfuerzo moralizador, donde la apelación a la dignidad humana, desde luego presente, ejerce una función justificadora de tácticas precisas. La civilización, nos enseña Norbert Elias, es, en definitiva, el desarrollo del Estado. Léonard no se plantea la pregunta de a qué viene esa «nueva ética», ese «culto a la salud», que caracteriza nuestra época; simplemente, los da por bien empleados en tanto en cuanto se combate la

«sauvagerie instinctive» de la raza. Su propósito ha sido mostrar que el siglo XIX no ha tenido rasgos de paraíso ni de infierno, al mismo tiempo que resaltar los aspectos transicionales de la consideración del cuerpo hacia la situación, distinta, de hoy. ¿Estará el nervio de sus argumentos en esa frase de la página 311?

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

Teresa ORTIZ (1987) *Médicos en la Andalucía del siglo XX. Número, distribución, especialismo y participación profesional de la mujer*. Granada, Fundación Averroes, XLII + 281 pp. (no consta precio).

La docencia que se impartió durante el curso académico 1975-1976 en el Departamento de Historia de la Medicina de la Universidad de Granada tuvo un carácter bastante inusual. En ello tal vez algo tuviera que ver la coyuntura política española de aquel otoño de 1975 y la situación singular del propio Departamento. Junto al curso convencional de Historia de la Medicina, se ofreció a los estudiantes la opción de participar en una experiencia docente consistente en un seminario extenso sobre historia del método en fisiología, en el que pequeños grupos de estudiantes con sus profesores —en este caso Ramón Gago y yo— preparaban los contenidos, los discutían y finalmente se debatían en una sesión en la que participaban todos los grupos. Al final del curso, autoevaluación de los distintos grupos que proporcionaba una calificación unitaria y evaluación del profesorado.

Fue Teresa Ortiz la estudiante audaz que optó por esta aventura docente y muy recientemente me reconoció el atractivo que este curso tuvo para los alumnos de Historia de la Medicina de Granada. Ella participó en un grupo que tuvo que pechar con el análisis de los aspectos más teóricos que planteaba el problema del método en fisiología. Luis García Ballester, mi maestro y autor del Prólogo al libro de Teresa, me va a permitir que la reclame como alumna mía.

Hasta 1976, fecha en que me trasladé a la Universidad de Málaga, fui testigo en Granada de varios intentos frustrados de acometer el trabajo que después realizaría Teresa Ortiz y cuyo producto material es este libro. A pesar de estos iniciales fracasos, la sociología histórica de la medicina penetró en Granada con García Ballester —el libro de Teresa Ortiz es el mejor ejemplo— y desde allí irradió a Málaga y Sevilla. Las Facultades de Medicina de estas Universidades andaluzas deben mucho a este valenciano inquieto.

Ciertamente los estudios sobre profesionales sanitarios son muy escasos en nuestro país, especialmente los de carácter cuantitativo. A los que Teresa Ortiz cita en su